

apareció en la torre del Cubo, dispuesto á escuchar lo que quisiesen decirle los caudillos enemigos.

Se acercaron entonces el infante don Juan y Aben-Omir.

—Sidy Alfonso, dijo Aben-Omir dirigiendo la palabra á Guzman, mi señor Abu-Yacub os saluda y os ruega, pues fuisteis suyo; le deis esta villa, que fué suya, por el pan que comisteis en su casa, y por el bien y honra que de ella sacasteis.

—Sidy Omir, contestó el noble alcaide; ni cuando yo serví al rey Abu-Yusuf y al rey Abu-Yacub di sus villas á los cristianos, ni ahora que sirvo al rey don Sancho de Castilla daré su villa á los moros.

—No perderíais mucha honra en ello, replicó Aben-Omir.

—Pues que tanto sabéis de honra, respondió airado don Alfonso, combatámonos vos y yo solos en ese arenal, sobre si perderia honra ó no la perderia en dar la villa que tengo del rey don Sancho de Castilla, cristiano y mi señor, al rey Abu-Yacub de Marruecos, moro y mi enemigo y suyo, y yo os aseguro el campo.

—No he de poner yo mi persona, dijo Aben-Omir, cuando traigo tanto buen caballero que la ponga por mí.

Y añadió volviéndose al infante don Juan:

—¿Qué necesidad hay de hablar con este en cortesía? Yo le conozco y no hará bien sino por fuerza: hágase lo que se ha de hacer; ármese la gente y combátase la villa, porque ya no se podrá defender.

—Paréceme que quien tan bien se ha defendido seis meses, respondió el infante don Juan, mejor se defenderá ahora que nos han muerto gran parte de nuestra gente: por otra via se ha de llevar este negocio.

Y volviéndose á los caballeros moros que estaban detrás de él, les mandó llevasen allí al niño don Pedro Alfonso de Guzman.

Llevaron allí al niño con las manos atadas á la espalda, y don Juan dijo á Aben-Omir:

—Por este nos dará la villa, ó le mataremos el hijo.

Y dirigiendo la palabra á don Alfonso, que permanecía en la torre del Cubo, le preguntó:

—Don Alfonso Perez: ¿conoceis á este muchacho que está aquí á par mio atado, que es don Pedro Alfonso de Guzman, vuestro hijo mayor, y el mas amado y querido vuestro, que me disteis para que lo llevase al rey de Portugal don Dionís?

—Sí, conozco que es don Pedro Alfonso de Guzman, mi hijo mayor y el mas amado y querido mio, contestó con voz entera y terrible don Alfonso, y pésame mucho de verlo en vuestro poder y no en el de aquel á quien yo le enviaba.

El niño entonces rompió á llorar y dijo:

—¡Padre, lléveme allá, que me quieren matar estos moros!

—¡Hijo de mis entrañas, exclamó con acento indescribible don Alfonso; me holgara yo de meterte acá, porque si mal te viniera, pasara primero por mí, pero no puedo ahora!

Y se le anudó la voz en la garganta, y se le oprimió el corazón y se le salieron las lágrimas por los ojos al ver al hijo que mas amaba en poder de sus enemigos y sin poderle valer.

El infante don Juan mandó á los moros se llevasen al niño, y entonces dijo don Alfonso:

—¿Qué es lo que me quereis hablar?

—Que me entregéis esta villa de Tarifa, de la cual me ha hecho merced el rey Abu-Yacub, mi señor, hoy en todo el dia, contestó el infante don Juan, y si no me la entregais, os mataré este vuestro hijo sin ninguna piedad.

Sombra de muerte y de horror y de sangre pasó por el alma del perínclito caballero, del leal entre los leales, del bravo entre los bravos: vaciló, tembló, pero acorrióle la fé de sus mayores, halló fuerzas en el sentimiento de su dignidad y de su honra, vió claramente que Dios le probaba con un inmenso sacrificio, y robusteciendo su corazón, dijo al infame don Juan:

—Yo te daré por mi hijo los tesoros que me pidierés, pero la villa de Tarifa no, que es del rey don Sancho mi señor, y le hice homenaje por ella.

—¡La villa ó tu hijo! gritó enronquecido por la cólera el infante.

—Porque no penseis que os tengo de entregar la villa por la muerte de mi hijo, exclamó con voz sobrenatural, terrible,

don Alfonso, ved que os echo el cuchillo para que le degolleis.

Y arrancándose del cinto en un movimiento sublime, imponderable, su puñal de misericordia, le arrojó al campo, y luego se volvió cerrando los ojos, se precipitó por las escaleras del adarve, y se fué á ocultar su dolor para que no amenguase la bravura de sus soldados.

Nada detuvo al bárbaro asesino, ni á su infame cómplice el caudillo Aben-Omir.

Don Juan, convertido en una bestia feroz, cogió el puñal del padre, degolló al inocente hijo; y tal horror causó este acto de suprema barbarie en los mismos moros que lo presenciaron, que no pudieron contener un alarido de espanto, que penetró siniestro en Tarifa, haciendo creer á sus defensores, que corrieron á las armas, que los moros acometian los muros.

Al escuchar el marcial tumulto creyó lo mismo don Alfonso, y acudió presuroso; pero antes de que llegase á la muralla, le detuvieron sus soldados exclamando:

—No subais, señor, que ese alarido que habeis escuchado es que han quitado la vida á vuestro hijo.

—¡Oh, como me alterasteis! respondió Guzman: temí que los enemigos hubiesen entrado en la villa.

Y se volvió y escondió su dolor, que nadie volvió á ver en su semblante.

VIII.

Perdida toda esperanza, despues de un horrendo crimen inútil, el infante don Juan, habiendo recibido noticias de que se acercaban al socorro de Tarifa muchas gentes del Andalucía, y á mas el refuerzo que enviaba el rey don Sancho, mandó que durante la noche levantasen los moros el campo y se recogiesen á las naves para volver al Africa.

El despecho y la rabia, que no el remordimiento, corroian el negro corazon de don Juan.



LA BUENA MADRE.

Vel que os echo el cuchillo para que le degolleis.

Se veía obligado á volver vencido por el heroismo de Guzman á la presencia de Abu-Yacub, y tembló, temió que irritado el bárbaro, cobrase en su cabeza el estrago sufrido por su ejército ante los muros de Tarifa, y aquella misma noche, con su escudero Ben-Tayde y con un puñado de cristianos que le acompañaban, constituyendo su servidumbre y su mesnada, mientras los moros que había mandado recoger presurosos sus tiendas y bagajes y se retiraban á las galeras de Abu-Yacub, salió silenciosamente del campo, y en marcha violenta se alejó protegido por las sombras, tomando la via del vecino reino de Granada.

IX.

Corrió veloz en alas de la fama el heroismo de Guzman, y llegó hasta el rey don Sancho, que se hallaba muy doliente de su última enfermedad en Alcalá de Henares.

Honda impresion causó á don Sancho la costosa victoria que había conseguido el heróico alcaide de Tarifa, y sin perder punto desde que llegó á sus oídos la grata y al par terrible nueva, escribió de su propia mano y envió á Guzman la carta siguiente:

«Primo don Alfonso Perez de Guzman: hemos sabido lo que por servirnos habeis hecho defendiendo esa mi villa de Tarifa, de los moros, habiéndoos tenido cercado seis meses y puéstoos en estrecho apuro: principalmente supimos y en mucho tuvimos dieseis vuestra sangre y ofrecieseis vuestro hijo primogénito, por nuestro servicio y el de Dios delante, y por vuestra honra: en lo uno imitasteis al padre Abraham, que por servir á Dios le daba su hijo en sacrificio, y en lo otro quisisteis imitar la buena sangre de donde venís, por lo cual mereceis ser llamado «el Bueno,» y yo así os llamo y así os llamareis de aquí en adelante, por que justo es que el que hace bondad tenga nombre de Bueno y no quede sin galardón de su buena obra; porque si á los que mal obran les quitan su heredad y hacienda, á vos que tan gran ejemplo de lealtad habeis mostrado y habeis dado á nuestros vasallos

y á los de todo el mundo, razon es que en mercedes nuestras quede memoria de las buenas obras y hazañas vuestras: y vos venid luego á verme, porque si malo no estuviera y en tanta postracion de mi enfermedad, nadie me quitára que yo fuera á socorremos; pero vos hareis con nos lo que nos no podemos hacer con vos, que es venir vos luego á mí, porque quiero hacer en vos mercedes que sean semejantes á vuestros servicios. A vuestra buena mujer nos encomendamos la mia y yo, y Dios sea con vos.—De Alcalá de Henares á 2 de enero, era de 1333 (año del Señor 1295).—EL REY. 11

X.

Don Sancho hacia quanto podia por premiar á Alfonso Perez de Guzman el Bueno, de la misma manera que aquel buen caballero habia hecho quanto habia podido para servir al rey don Sancho.

XI.

Hemos traído á cuento el horror de Tarifa, para que se sepa por qué causa habia ido á Granada á ponerse bajo el amparo de Mojammet-ben-Nazar-el-Ansarí, el infante don Juan, y además, para que se forme una idea de lo terrible, de lo sombrío, de lo infame de aquel funesto personaje, cuya historia es un tejido de crímenes y de traiciones.

Y no era ciertamente nuevo en don Juan el apelar al horror de la naturaleza para conseguir sus propósitos: ya en su juventud habia hecho un ensayo de lo que llevó á ejecucion delante de Tarifa.

Cuando se rebeló el infante don Sancho contra su padre el

rey don Alfonso, envió al infante don Juan á levantar en favor suyo las ciudades y villas de Leon y de Galicia.

Obtuvo buen resultado el infante don Juan en la mayor parte de las ciudades, villas, lugares y castillos adonde llegó; pero el alcázar de Zamora, aunque rendida la villa, resistió, negándose quien le mandaba á faltar á la lealtad jurada al padre en beneficio del rebelde hijo.

Tenia el mando de la fortaleza una honrada mujer, esposa del alcaide Gutierrez Perez, merino mayor en Galicia: esta dueña era hermana de Payo Gomez Chirino.

A la intimacion del infante á la honrada dueña de que le entregara el alcázar, aquella animosa hembra contestó que no lo entregaba, porque lo tenia por el rey don Alfonso.

En vano fueron las amenazas de don Juan: la castellana se mantenía firme, avergonzando con su energía á muchos hombres que, atemorizados por el peligro, y sacando ejemplo de otras villas y castillos, opinaban debia entregarse el de Zamora.

Desesperado don Juan despues de algunas inútiles embestidas á la fortaleza, como hubiese sabido que la brava castellana habia dado á luz ocho dias antes un hijo, halló traza de apoderarse de él, y haciéndole llevar á la puerta del alcázar, y llamando á su madre que apareció en el adarve, la intimó que mataria á su hijo si en el momento no le entregaba el alcázar.

La pobre mujer no tenia el temple de alma de Alfonso Perez de Guzman el Bueno, ó es que para las madres nada hay superior al hijo, nada que tanto amen ni por quien tanto sacrifiquen, y entregó el alcázar.

Así habia empezado sus hazañas el noble infante don Juan.

XII.

La buena acogida que al infante hizo en Granada el rey Mojammet-ben-Nazar, es una mancha que empaña su buena memoria.

Don Juan era un scelerato, un maldito de Dios, y debía haber encontrado cerradas las puertas de todos los hombres.

La pasión y el odio contra don Sancho de Castilla cegaron al rey de Granada, y acogió con júbilo y con grandes honras á aquel enemigo de su enemigo el rey castellano.

XIII.

Y habia en el barrio del Hajeriz, en la vertiente meridional del Albaicin, entre frondosos y odoríferos huertos, una casa de placer, á cuyos piés corria el humilde, pero ruidoso y cristalino raudal del Darro.

Alzabase enfrente con sus muros rojos y sus soberbias torres la Alhambra, y de una á otra parte del risueño valle campeaban como nidos de palomas, entre verdura, blanquísimas casas en que moraba la alegría.

Pérdanse á lo lejos entre los empinados cerros las poéticas Angosturas, y por la derecha, á la parte del Occidente, deprimiéndose las dos colinas de la Alhambra y del Albaicin, se veía la ancha Vega con sus millares de matices, perdiéndose en el horizonte en las siluetas de las azules sierras.

XIV.

Por encima de aquella casa en que habitaba el infante por concesion del rey moro, se estendian los fuertes muros de la Alcazaba Kadima, sobre los cuales asomaban las labradas torrecillas y los miradores de encaje del Palacio de los Mármoles.

XV.

Cuando el crepúsculo de la tarde poetizaba con su melancolía el risueño valle del Darro; cuando las luces que se veían á través de los ajimeces de los cármenes, acá y allá, por todas partes, parecían luciérnagas entre el follaje; cuando sobre el rumor de la corriente y el canto de millares de grillos se alzaba la voz del muhedano aquí, allá, partiendo del alto alminar de la Alhambra ó de la mezquita de Al-Rhaman, ó de la de los Beni-Zeytum ó de otras ciento; cuando la luna asomaba sobre el cerro de la Silla del Moro, régio asiento de los soberbios Alijares; cuando allá del sombroso y fresco Djene-al-Arifé partía el vago y armónico son de la zambra; cuando el aura embalsamada jugueteaba en las flores y penetraba en las estancias por los calados ajimeces; cuando los ruiseñores gorjeaban celosos entre el follaje; cuando en las oscuras callejas los moros enamorados cantaban al son de sus guzlas romances de amor á las señoras de sus almas; cuando todo era poesía, y armonía, y frescura, y perfume, el pensamiento de un demonio hervía febril en medio de aquel eden de delicias.

XVI.

Quien hubiera penetrado en el oscuro pensamiento del infante, hubiera leído una larga historia de horrores y de traiciones; historia que tendremos lugar de ir desentrañando en las páginas de este libro.

Con mucha frecuencia, en medio de aquella poética y riente naturaleza, cruzaba por delante de don Juan, para él solo visible, una sombra amenazadora.

La sombría figura de Alfonso Perez de Guzman el Bueno,

que con los ojos centelleantes mostraba á don Juan la cabeza de su hijo degollado.

Y no era el remordimiento el que de tal manera aterraba á don Juan; parecíale imposible que aquel héroe, aquel guerrero probado en tantas lides, aquel ante el cual recejaban cobardes los mas bravos, dejara sin venganza la muerte de su hijo, aquella muerte llevada á cabo por la cobardía, por la crueldad y por la mas perversa de las infamias.

Si en medio de la noche un animal doméstico pasaba entre las tinieblas por la estancia de don Juan, al sentir este los levísimos pasos se estremecía, se incorporaba erizados los cabellos, cubierto de sudor de muerte, y echaba mano al puñal que guardaba desnudo debajo de un almohadon de su lecho.

Si el viento hacia crujir una ventana ó una celosía; si zumbaba de una manera estraña entre los árboles; cualquiera, en fin, de esos ruidos indeterminados que brotan de entre el silencio de la noche, aterraba al infante, que suponía siempre un asesino enviado por Guzman, ó acaso la aproximacion de Guzman mismo.

Porque el que es infame y traidor, no cree en nadie la dignidad y la lealtad; porque nadie atribuye á los demás lo que no siente ni comprende; y porque el hombre, en su egoismo, no se rebaja nunca á sus propios ojos creyéndose inferior á otro.

XVII.

Y es ciertamente muy estraño que don Alfonso Perez de Guzman, el terrible, el que habia dominado por su solo esfuerzo con un puñado de ginetes cristianos las rebeldes, bravías y poderosas kabilas del Moghreb; el que habia sabido dejarse despedazar las entrañas en su hijo antes que faltar á su honor y á su lealtad, no hubiese buscado, libre ya de su guarda de Tarifa, al miserable infante para cobrar, aunque insuficientemente, en su malvada persona, el dolor de su alma.

XVIII.

Aquí aparece una figura blanca y magnífica, un ángel de luz, de paz y de misericordia, la reina doña María.

Ella habia comprendido cumplidamente cuánta era la sed de venganza que el buen caballero don Alfonso Perez alentaba contra el infante don Juan, y salvaba al infante reteniendo á su lado al alcaide de Tarifa.

—¿Qué va á ser de mí, le decia, si en el duro trance en que se encuentra el rey mi señor, y á punto de muerte, no tengo á mi lado buenos amigos que me amparen? Ved, y os lo digo en confianza, que nuestro tio el infante don Enrique el Senador no es persona de quien podamos fiar en gran manera, porque le aqueja cobrarse con altos engrandecimientos de los veintiseis años que le ha tenido en prision el rey de Nápoles; pues si volvéis los ojos á don Diego Lopez de Haro, ¿qué confianza podremos tener en él? Señor de Vizcaya le hemos hecho, pero le viene pequeño el señorío, y aprovecharia cualquier revuelta para aumentarle á su medida. ¿Y qué os diré de don Juan Nuñez de Lara, mal avenido con su vasallaje, y que no se encuentra bien sino cuando el rey es vasallo suyo? Si volvemos la vista á Aragon, nos amenazan perfidias; en Francia tenemos un enemigo á muerte, y en el rey don Dionís de Portugal un hombre que se mueve, como las olas, hácia la parte que le envia el viento mas recio. Vos, buen don Alfonso, nos habeis probado vuestra lealtad con vuestra sangre; no os separeis ni un momento de nosotros: el rey doliente encuentra en vos un consuelo: cuando Dios le llame á sí, desgracia que debemos esperar de un momento á otro, padre tendrán en vos nuestros hijos, y ayuda y fuerte brazo la desdichada viuda de Sancho IV. No, no os separeis ni un solo momento de nuestro lado, buen amigo mio, buen don Alfonso.

Y con esta dulce, noble y honrosa manera, la inteligente, la